

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 318

Barcelona, 16 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Los go- biernos ilegíti- mos están hoy

tan llenos de miedo
como los gobiernos le-
gítimos; tiemblan aún
más que éstos porque
tienen dos peligros
que temer...

(Del artículo "Armamentos y Paci-
ficación", de Guglielmo Ferrero.
Léase en 3.ª página).

Un nuevo estilo diplomático

España, interpretada por su Presidente

El discurso pronunciado por don Manuel Azaña en el acto de la presentación de credenciales del nuevo Embajador de Francia, Mr. Labonne, viene a romper los moldes tradicionales de las normas diplomáticas. En ningún momento se ha apartado el Presidente de la República de la línea ritual que señala el protocolo. Los perfiles del ceremonial y los comedimientos de la cortesía—que en la ocasión presente eran expresión de respeto, simpatía y cordialidad sinceros—han servido colmada la medida de los espíritus más apegados al empaque de las solemnidades oficiales. La innovación introducida por el Jefe del Estado en su discurso de ayer no afecta a la externidad de la ceremonia. Sus efectos calan más hondo. El señor Azaña ha desahuciado el recetario de la oratoria consagrado por la jaramopea cancillerescas, y ha empleado fórmulas inéditas en las cuales acredita la nueva España su peculiar estilo diplomático. Es el lenguaje lo único que ha cambiado en el rito solemne de una presentación de cartas credenciales. Lenguaje vivo, coloreado y preciso el de ahora, que en nada se asemeja a las palabras vagas, frías e incoloras que una engolada circunspección solía enhebrar después de haber esterilizado implacablemente los conceptos. No niega acatamiento a los usos protocolarios el Presidente de la República. Pero el protocolo no es por esencia refractario a admitir algún contenido substancial. Bien está la oquedad sonora de los discursos formularios cuando no hay grandes novedades que enunciar o cuando la conveniencia aconseja recatarse. A la República española no le faltan, ciertamente, verdades que proclamar. Nadie tan autorizado para proclamarlas como el Presidente que ha dicho serlo de todos los españoles.

Las tremendas realidades de España no pueden resignarse a quedar soterradas bajo espesas capas de formalismos diplomáticos. La República española, firme en su cimiento de legitimidad jurídica, lleva siempre en la mano las tablas de la ley en que se funda su derecho. No importa tanto que otros lo hayan olvidado como que nosotros mismos llegáramos a perder la memoria de la justicia que se nos debe. El Jefe del Estado, en sus espaciadas alocuciones a la opinión, no permite que se aje y prescriba el memorial de nuestras justas demandas. El señor Embajador de la República francesa ha tenido ocasión de escuchar de labios, los más autorizados, las alegaciones que en defensa de su derecho puede brindar España a las naciones que la honran con su amistad. Las potencias democráticas, cuando hablan de la paz, suelen olvidar un hecho evidente: la paz, de hecho, se ha roto. Qué rota la paz europea tan pronto como unos ejércitos extranjeros osaron invadir nuestro territorio. No se puede hablar de paz en Europa sin acudir a restablecerla allí donde ha sido perturbada. España hubo de pasar por una convulsión interna durante las primeras semanas de la guerra civil. Aquél era un problema nuestro, y nadie que no fuesen los españoles

estaba llamado a resolverlo. La República española no solicita ayudas ajenas para restaurar el imperio del derecho contra el cual se alza una facción nacional. La aspiración radica fundamentalmente en el propósito de sofocar la subversión con los propios medios de que dispone el Estado legítimo. Nuestras vicisitudes políticas son episodios que solamente nos incumben a nosotros, y no tenemos por qué solicitar la atención—menos aún el auxilio—de los extraños para liquidar nuestros asuntos. Pero España padece una guerra de invasión en la cual se conspira contra nuestra independencia y quizá contra la integridad territorial de otros países. La ingerencia extranjera en nuestras querellas viene siendo desde hace largos meses el factor principal de perturbación que agita el ambiente internacional. He aquí un grave problema que ya no es solamente nuestro. El señor Azaña, en su contestación al Embajador francés, ha expuesto claramente la actitud diferente de la República ante uno y otro aspecto de nuestra contienda. En bien de la paz europea—si no lo aconsejase el propio decoro—, la República considera necesario que el conflicto surgido en tierra española se limite y aisle; pero ese aislamiento habría de ser integral, sin Duguesclines extranjeros que viniesen a ayudar a su señor en representación de señores más altos de los que aquél es no se sabe si feudatario o escudero. Quienes permiten que en España se perpetren violaciones de la ley internacional no contribuyen ciertamente a aislar nuestro conflicto, sino a propagarlo.

El Embajador de Francia, en su breve salutación, hubo de pronunciar palabras singularmente significativas acerca de los sentimientos políticos de Francia, donde el respeto a la persona humana y a la libertad de pensamiento y la voluntad de justicia social son rasgos fundamentales del carácter nacional. El representante diplomático de la República vecina desearía ver restablecida en España la paz sobre análogos principios. No han quedado sin respuesta esas palabras en el discurso del Jefe del Estado. España aspira a una paz que asegure a todos los ciudadanos la libertad espiritual y moral. Pero en ese camino, la República—ha dicho el señor Azaña—no puede dejarse ningún girón de su autoridad. El pueblo español, reintegrado en el ejercicio de sus derechos, será convocado para expresar su voluntad. Los destinos de España están en las manos de los españoles mismos.

De nuevo ha presentado el señor Azaña a la faz del mundo, con palabras escuetas y nobles, los títulos de nuestro derecho y la justicia de nuestra causa. El lenguaje claro y vigoroso del Presidente inaugura un nuevo estilo en los usos diplomáticos. Ese estilo consiste sencillamente en decir la verdad sin veladuras de eufemismo. Ciertamente es sólo puede ser adoptado este estilo cuando se está seguro de tener toda la razón.

(«Política», Madrid, 12-XII-37.

Los "malditos" de la Plaza Venecia

La medida del gesto teatral de Mussolini la da una asamblea de incondicionales que se ha congregado frente al Palacio Venecia para aplaudir y corear las palabras del Duce. Eso llama el dictador italiano «democracia directa». Pero, ¿qué valor puede tener una exhibición de funcionarios fascistas, de empleados a

suelo de la dictadura, que acuden al gran espectáculo que éste les proporciona, a falta de otros éxitos políticos o militares?

En los países de régimen normal, ese acuerdo trascendental para la nación hubiera emanado de un Gobierno legítimo y de un Parlamento elegido por el pueblo. Ambos, cargados

de responsabilidad y de autoridad, expresarían el sentir del espíritu público que necesita en todo caso vincularse estrechamente a este género de decisiones. Mussolini prescinde con desenfado de este género de asistencias, por la sencilla razón de que carece de ellas. Alquila en cambio una multitud de «malditos» — en

nuestro teatro se llama «malditos» a los bergantes que el director de escena contrata en el «Tenorio» para gritar cuando don Juan escribe — que le ovacionan y hacen ruido con el deseo de dar la sensación al mundo de que el pueblo italiano apoya unánimemente al fascismo. Pero las inmensas masas de aquel desventurado país, las masas anónimas de trabajadores de la ciudad y del campo que sufren hambre y necesidades y dan soldados para Abisinia y para España, no han sido consultadas esta vez, como no lo han sido desde que el fascismo se ha implantado. Si tan seguro está el Duce de que el pueblo entero le sigue en su política catastrófica, en vez de preparar un coro amaestrado como el que le oyó en Roma, podría convocar un plebiscito auténtico que expresase de veras la voluntad de la nación. Eso es, sin embargo, muy arriesgado para el fascismo que tortura en Lípári y en las ergástulas de la metrópoli a miles y miles de antifascistas por haber discrepado de los demenciales excesos de un marxista renegado.

Mussolini ha negado que en su decisión de apartarse de Ginebra hubiesen influido potencias «amigas». La verdad es que el papel de nación perturbadora que desempeñaba Italia en la Sociedad de Naciones no contribuía a afirmar la paz, sino a quebrantarla. Gracias a Ginebra logró el Duce pasar el fraude de Abisinia y aun tener las manos libres en España, la presencia de Italia coaccionaba a las grandes democracias que deseaban retenerla allí y encaminarla hacia los fines de la seguridad colectiva. Vano esfuerzo, sin em-

bargo. Italia atropellaba el Pacto valiéndose de su política de los «hechos consumados», y lograba expulsar de la Sociedad a los delegados abisinios y desplazar de ella la cuestión de España. El Comité de No Intervención fué una concesión al fascismo y en el fondo una burda estratagema para no chocar con Italia en el seno de la Sociedad de Naciones.

Va viéndose claro que mientras Ginebra no lograba nada con la colaboración del fascismo, éste en cambio lo conseguía todo. Si se examina cuidadosamente la historia de estos años, se verá que ninguna resolución de Mussolini fué suspendida o aplazada por la acción del organismo ginebrino. Quiso tomar Abisinia y la ocupó utilizando incluso la guerra de gases. Quiso intervenir en España, y, a despecho de todos los acuerdos envió cien mil hombres para apoderarse de comarcas enteras. Poco podía variar, pues, su actitud en España con la salida de Ginebra. Quienes tienen que variar respecto al fascismo son las democracias, que al fin se convencerán de que la loba romana, ávida de sangre no se harta con despojos de pueblos desarmados, sino que exige cada día mayores presas.

Puesto que la experiencia le ha demostrado a Europa que la causa de la paz no se mantiene contemporizando con los agresores, aun es razonable esperar que se sostenga por la energía y la decisión de los que trabajan para implantarla. Al fin y al cabo, la victoria no es una cuestión de retórica, ni se elabora con discursos jupiterinos.

Los monárquicos españoles tenían proyectada la guerra civil más de dos años antes de su comienzo y se habían asegurado la ayuda de Italia

Londres, 4 diciembre.—«Por primera vez, probablemente, desde el comienzo de la guerra en España, uno de los jefes rebeldes—Antonio Goicoechea—, dirigente del partido monárquico «Renovación Española», ha confesado los verdaderos motivos de la insurrección rebelde.» Así lo afirma el corresponsal diplomático del «Manchester Guardian» en un artículo.

Después de recordar que, desde el principio de la guerra civil en España, los rebeldes se obstinaron en declarar que no habían tomado las armas sino para evitar una revolución bolchevique pronta a estallar, el corresponsal de dicho periódico expone los siguientes hechos:

«En un discurso pronunciado el 22 de noviembre pasado, en San Sebastián, Antonio Goicoechea declaró

que, desde marzo de 1934, determinados partidos españoles de derecha—entre ellos el que él dirige—habían proyectado un golpe de estado, de acuerdo con el ejército, y, «si era necesario para el bien de España, hasta una guerra civil». Aun fué más lejos en sus declaraciones, pues dijo que él y otros monárquicos españoles fueron a Italia para «asegurarse el apoyo, no sólo del gobierno italiano, sino también del partido fascista, para el caso en que estallase la guerra civil».

Estas declaraciones—añade el autor del artículo—prueban que dos años antes de que comenzase la lucha, los monárquicos, que desempeñan actualmente un papel tan preponderante entre los rebeldes, trataron de asegurar el apoyo de la Italia fascista para el golpe de estado o la guerra civil que habían proyectado.

La situación militar

Ojos serenos y firme corazón

Días pasados, el corresponsal del diario fascistoide de París «Le Journal» en el frente faccioso hispano, envió un despacho, censurado naturalmente, al periódico cuya representación asume. Y del mismo retene-mos esta frase: «El Ejército nacionalista se ve ahora detenido por una muralla continua, desde el Norte al Sur de España.»

¿Qué es lo que hay detrás de esa muralla? Franco ha hecho radiar, por la emisora salamanquina, y después por la burgalesa y la vallisoletana, una nota oficiosa muy significativa. Según ella, no se deben exteriorizar impaciencias, en vista de que transcurren los días y no comienza la ofensiva a fondo. El Ejército republicano es una fuerza poderosa. Tiene disciplina, mandos y armamento. El batirlo y desorganizarlo es empresa muy difícil.

Descendieron del Norte, a fines de octubre, las llamadas «brigadas de Navarra» y numerosos tabores marroquíes. También bajaron, al Centro y al Este, divisiones italianas y brigadas mixtas, y con ellas algunas banderas de terciarios. Mas, sobre todo, el transporte de material aparamó las actividades del Estado Mayor rebelde.

Paralelamente, señalaron concentraciones en Extremadura, en Córdoba y en Málaga. De Gibraltar llegó la noticia de que, por iniciativa de Queipo, siempre obstinado en mantener la autonomía de su ínsula andaluza, se proyecta una expedición contra Almería y Cartagena, a la que debería cooperar la escuadra facciosa reunida en aguas de Palma. Sin embargo, la aviación italo-alemana no hizo apenas trabajos de exploración ni vuelos de bombardeo en la España ultramarina. En cambio, demostró mucha y cruel actividad en torno de Madrid y en la retaguardia de nuestros ejércitos del Este y de Levante, así como en el litoral mediterráneo, de Alicante a Port-Bou.

Esa actividad perseguía dos objetivos: el militar y el moral. No olvidemos que Franco es un humilde discípulo de los fascismos centroeuropeos y que éstos tienen hoy como Evangelio militar, el libro de Ludendorff «La guerra total». ¿Y qué podemos leer en el mismo? Sentencias como las que siguen:

«El país todo entero, hombres, mujeres y niños, son los obreros de la guerra total o sus víctimas.»

«La guerra total no perdona nada ni respeta nada. Todas las armas serán empleadas en ella y sobre todo las más crueles, que son las más eficaces.»

Bombardear las concentraciones de tropas, los campamentos, los cruces y estaciones de ferrocarriles, las fábricas de armamento y municiones, las manufacturas de explosivos, las centrales eléctricas que dan fuerza a esas industrias de guerra, las cuarteles, las fortalezas, las maestranzas, los arsenales, los trenes militares en marcha o parados, los convoyes de camiones, son actos lógicos y lícitos. Pero atacar ciudades y pueblos abiertos e indefensos, sin más propósito que causar víctimas en ellos, víctimas que han de ser, forzosamente, en su mayoría, mujeres y niños, es un crimen monstruoso. La aviación italo-alemana que ayuda a Franco ha cometido y comete a diario ese crimen. ¿Qué se propone? Aterrizar a la población civil. Sembrar en ella el espanto, desorganizarla. Abatir su capacidad de resistencia. ¿Lo consigue? Que Madrid responda...

El mando faccioso (o mejor dicho, sus consejeros e inspiradores italia-

nos y alemanes), lleva varias semanas entregado a una profunda reorganización de sus formaciones tácticas. Hasta ahora, venía recurriendo siempre a los mismos elementos de choque, extranjeros voluntarios o expedicionarios, moros y gentes del Tercio. Cuando más, les hacía acompañar de algunas unidades del Requeté. Medio millón de soldados españoles y de falangistas montan la guardia en los sectores tranquilos, dedicados a la vigilancia y al escaramuceo. ¿Es que los aludidos elementos de choque, muy mermados después de los ocho meses de operaciones nórdicas, deberán ser reagrupados, reforzados, encuadrados de nuevo, mezclados a un flamante material humano llegado de África y de Europa? ¿Es que se imponía un rejuvenecimiento de los mandos? ¿Es que el odio feroz que separa a requetés y a falangistas y que ha determinado recientemente brutales choques, ha obligado a Franco a renunciar a ciertas bélicas amalgamas?

El hecho es que cuando escribimos estas líneas, 8 de diciembre, aún no hay noticias concretas del comienzo de una agresión a fondo por parte de los rebeldes. Pasó el día de santa Bárbara, esperado en Madrid con curiosidad y expectación. Llegó el día de la Concepción, patrona de la «Española Infantería», que es valiente porque sí», según dijo un poeta, allá en los tiempos monárquicos y dictatoriales. ¿Renuncia Franco a la conmemoración sangrienta de las fechas simbólicas?

Hay defensivas y defensivas. Hay la defensiva estática y la defensiva dinámica. ¿Cuándo conviene la una y la otra? Se guerrea en el espacio y en el tiempo. La guerra, dijo Clausewitz, no es más que el fin de la política. Si se logra, por política—es decir, por negociaciones y tratados amistosos—, lo que se desea, con más o menos razón o derecho, es inútil pelear. Si no se consigue, se apela a las armas. Y si se vence, se impone al vencido adversario la aceptación de las condiciones que se negaran a admitir y agravadas por el costo en sangre y oro de la contienda.

Pero el espacio y el tiempo no son indeterminados. Tienen un límite. ¿Dónde estaba el límite del espacio ruso, cuando la campaña napoleónica de 1812? ¿En Smolensk? ¿En Moscú? ¿En San Petersburgo? ¿Dónde estaba el límite del tiempo en la guerra europea de 1914? Porque Foch creía que Alemania seguiría batiéndose, dentro de su territorio, durante el invierno de 1918 a 1919, y durante la primavera y el verano de este último año y había tomado sus medidas en consecuencia.

El doble frente lineal de la lucha actual española, tiene sectores donde un retroceso, por el lado nuestro, no sería peligroso, y otros en los cuales, el valor del terreno adquiere gran importancia. No hemos de señalarlos. Basta con mirar el mapa.

Hay zonas donde podría ser razonable y ventajoso emplear lo que llaman los tratadistas militares alemanes «kinhaltender Widerstand» o repliegue maniobrero, y que estriba en ceder lentamente el terreno, causando al enemigo el mayor número de bajas posible, hasta llegar a una posición que permita el contraataque, y hay otras en que táctica semejante, aun hecha por tropas sólidas y seguras capaces de reacciones bruscas a la voz de mando, sería muy perjudicial y expuesta a graves reverses estratégicos.

En las batallas que se preparan,

los rebeldes no pueden llamar en su auxilio al factor geográfico. Poseen, desde luego, un material muy considerable, de fácil renovación y cambio, gracias al Comité de No Intervención de Londres. Mas nosotros podremos responder a sus embestidas con iniciativas propias en puntos sensibles y vitales. Habrá fluctuaciones del frente. Habrá horas difíciles y duras jornadas. Pero estamos seguros de poder resistir y devolver con usura los golpes que nos asesten.

Y esta seguridad, que no se basa en corazonadas ni intuiciones, sino en realidades concretas y tangibles, es causa de que miremos el próximo porvenir con serenos ojos y firme corazón.

(«Boletín Decenal. Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra», 10-XII-37.)

La labor incansable del Patrimonio de la República

El Palacio Nacional de Madrid, objetivo de los facciosos

Madrid, 13. — El Patrimonio de la República invitó hoy a visitar el Palacio Nacional a una nutrida representación de los periodistas extranjeros. También acudieron algunos informadores de los periódicos madrileños. Todos ellos acompañados por los funcionarios del Patrimonio Fuster y Gómez Egido, han tenido ocasión de contemplar los daños ocasionados por la artillería facciosa en la residencia presidencial. Igualmente se les ha brindado oportunidad de comprobar la meritoria labor que en orden a la evacuación, conservación y defensa de las obras de arte, muebles y objetos ha realizado el personal del Patrimonio de la República. Para dar una idea de la intensidad con que, desde el asedio a Madrid, ha sufrido el Palacio Nacional los efectos de los bombardeos, bastará consignar que han caído en el edificio hasta la fecha unos 2.000 proyectiles de cañón. La fachada que da al Campo del Moro está materialmente destrozada. No existe un metro de la misma donde no se adviertan las huellas terribles de la metralla facciosa. Algunos de los balcones aparecen medio desplomados.

Los periodistas extranjeros, ante tales destrozos, no pudieron disimular su asombro. El primer proyectil que recibió el Palacio Nacional fué a estallar en las habitaciones presidenciales, donde ocasionó considerables daños, provocando, además, un incendio. Dada la situación en que se encuentra el magnífico edificio, apenas si transcurre un día sin que reciba los efectos de los bombardeos. Hasta algunas de las dependencias más famosas ha llegado la metralla. Se advierten impactos en los techos de la escalera de damas, en el salón de guardias, donde cayeron cinco proyectiles; en la saleta de Gasparini, en la antecámara del mismo nombre; en la casa de Carlos III, en el comedor de gala y, en fin, en otros salones. Se advierten los desperfectos, especialmente, en las magníficas pinturas murales, damascos y bronceos de las referidas habitaciones. Los ventanales de éstas y otras varias se hallan actualmente protegidos por sacos terreros. En uno de los últimos

«¡Abajo Franco...!» «¡Franco asesino!»

Gritan los indígenas por las calles de Tánger

Tánger, 10. — En el transcurso de la pasada noche han tenido efecto en Tánger nuevas y violentas manifestaciones organizadas por los indígenas, padres de los soldados enrolados por Franco para combatir en España. En grupos numerosos circulaban por el centro de la ciudad al grito de «¡Abajo Franco!» «¡Franco es un traidor!» «¡Franco es un asesino!» «¡Franco ha engañado a nuestros hermanos!»

Uno de los grupos se manifestó con particular violencia ante la casa donde está instalada la organización fascista española en Tánger; hubo que apelar a la policía para dispersar a los manifestantes.

Con motivo de los recientes acontecimientos e incidentes que se han producido en el Marruecos español y de los que han tenido lugar aquí en Tánger, reina una gran agitación entre la población indígena.

(«La Vanguardia». Barcelona, 15-XII-1937.)

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

do los daños de la metralla, con la excepción del caso relatado.

El Patrimonio de la República ha trasladado a estas fechas fuera del edificio, y están puestos a buen recaudo, infinidad de cuadros, objetos de arte, muebles, etc., labor que sin desmayo prosigue en la actualidad. Los efectos existentes hoy en Palacio son cuidados con el mayor esmero, y gracias a los trabajos de defensa realizados, cada día son menores los efectos de la artillería facciosa.

Los visitantes de hoy recorrieron muy detenidamente el edificio, y al abandonarlo tuvieron palabras de elogio para la labor realizada por el Patrimonio de la República. — Febus.

Conferencia antifascista en París

Morizet y Ziromski expresan su absoluta confianza en el triunfo republicano

París, 13. — Acaba de efectuarse en París una conferencia europea en favor de la defensa del derecho, de la libertad y de la paz en Italia. En esta conferencia de ayuda a los antifascistas y demócratas italianos, estuvieron representados los partidos de izquierda de los italianos emigrados y el Frente Popular francés. Enviaron su adhesión el profesor Langevin y otras muchas personalidades francesas e inglesas. En las sesiones, que tuvieron efecto el sábado y el domingo, intervino Bracke, del partido socialista francés, que señaló el carácter internacional que viene adoptando el fascismo. «Se llama nacionalista y resulta internacional. Mientras tanto, las democracias, que son internacionalistas, no se ponen de acuerdo entre sí.» También intervinieron oradores italianos, entre ellos los secretarios de los partidos socialistas y comunista, Nenni y Rongoi. Todos destacaron los esfuerzos hechos por el pueblo italiano contra la intervención de Mussolini en España, y el heroísmo de que han dado pruebas los compatriotas suyos que luchan en las filas leales.

El domingo por la mañana se nombró un Comité de ayuda al antifascismo italiano. Tienen representación en él los demócratas, los socialistas y los comunistas italianos que viven en la emigración, el Frente Popular francés y la Liga de los Derechos del Hombre.

En esta conferencia se habló ampliamente de España. Ogier Preteceille y Rodríguez Vega informaron muy acertadamente so-

bre la situación en el territorio republicano.

El senador Morizet, que acaba de regresar de su visita a las ciudades y los frentes leales, habló de la magnífica impresión que le habían producido la organización y el espíritu del pueblo español. «Se engañan — dijo — los que creen en un triunfo faccioso. Cuanto he visto me ha llevado a la firme convicción de que el triunfo será de la España republicana.» Basch, presidente del «Rassemblement populaire» y de la Liga de los Derechos del Hombre, y el ex-ministro Guernut, radical-socialista, han condenado en sus discursos la política de no intervención y pidieron la unión de las democracias para defenderse contra el fascismo internacional. Habló también Ziromski, que, recientemente hizo un nuevo viaje a España. El representante socialista expresó su confianza absoluta en el triunfo de la República española. Ziromski instó a que se promueva una campaña para impulsar al Gobierno francés a que observe una actitud más favorable a los intereses de la democracia y a los mismos intereses franceses, en lo que respecta al conflicto español.

En Alemania aumentan los parados de mes en mes

Berlín, 13. — Según estadísticas oficiales, el número de obreros sin trabajo en Alemania se elevaba el día 30 de noviembre a 563.000, cifra que representa un aumento de 71.000 sobre el mes anterior. — Fa-

Armamentos y pacificación

Del artículo «Armaments et apaisement», de Guglielmo Ferrero, publicado en «La Dépêche», traducido por el siguiente:

He tenido ya muchas veces ocasión de escribir aquí que el mundo entero ha caído, desde 1930, en una extraña y peligrosa situación, que tiene en la historia un precedente único: la situación en que se halló Europa desde 1794 a 1814, es decir, desde la invasión revolucionaria de Italia por el Ejército de Bonaparte, hasta la abdicación de Napoleón. Es un estado de desorden y de desorden que se generaliza rápidamente. Provocado por abusos de fuerza, el temor y el desorden provocan a su vez nuevos y más graves abusos de fuerza, con los cuales el miedo y la confusión aumentan. El mundo está cada vez más aprisionado en un círculo infernal, que podría acabar por estrangularlo.

Todos los días se produce algún hecho nuevo que demuestra los horrores y los peligros de esta situación. Pero para comprenderla bien hay que tener en cuenta un hecho muy importante: que las manifestaciones y consecuencias de ese estado de temor no son las mismas en los países de gobierno legal, cuyo derecho a ejercer el mando es reconocido universalmente, que en aquellos regidos por gobiernos ilegítimos, que tienen como base un golpe de Estado o una revolución y substituyen el título de derecho por la fuerza y el prestigio, es decir, por la ilusión de que prestan servicios extraordinarios.

Los gobiernos ilegítimos están hoy tan llenos de miedo como los gobiernos legítimos; tiemblan aún más que éstos porque tienen dos peligros que temen: los adversarios de fuera y los pueblos a los cuales gobernan. Pero no pueden exteriorizar su miedo porque su prestigio se desmoronaría, mientras que los gobiernos legítimos, mucho menos necesitados de prestigio, sí lo pueden hacer. Es éste un privilegio del que Francia e Inglaterra han abusado quizás un poco, a veces. Por el contrario, el miedo que están obligados a ocultar lleva a los gobiernos ilegítimos a cometer actos que, según ellos, son precauciones defensivas contra los peligros, reales o imaginarios, que los amenazan, pero que, vistas desde fuera, tienen el aspecto de actos de fuerza, de desafíos, hasta de provocaciones. Es el temor agresivo, la huida hacia adelante.

Si se hubiese estudiado en serio la historia de Napoleón, las clases dirigentes del mundo occidental estarían familiarizadas con este extraño fenómeno. Napoleón no tuvo nunca los grandes proyectos ni las desmedidas ambiciones que sus admiradores y sus adversarios le han atribuido. Su historia no es nada más que un caso gigantesco de miedo agresivo: una continuación de huidas hacia adelante cada día más desesperadas.

¿Conocen este precedente los hombres que hoy gobiernan al mundo? ¿Se dan cuenta de la situación anómala en que se halla el universo? Lo dudo. Si comprendieron mejor, estarían menos perplejos y desorientados.

Hace algún tiempo vi a un periodista inglés que se halla en contacto permanente con las altas esferas políticas y diplomáticas de Londres. Díjome, con admirable candor, que el Gobierno inglés empieza ya a no comprender nada de lo que pasa en Roma y a preguntarse si será imposible toda negociación con un adversario cuyo idioma se está volviendo incomprendible. Las proposiciones más razonables que podrían conducir a una pacificación real, sólo provocan extravagancias: actos o demandas inadmisibles. Mi interlocutor, terminadas sus manifestaciones, me dirigió esta pregunta: ¿Podría usted decirme lo que quiere Roma?

Esta pregunta tan ingenua, hecha por una persona que cree conocer la política del mundo, me hizo reír. Y respondí a ella más o menos como sigue:

«¿Es que en Londres se imaginan, acaso, que Mussolini cree una sola palabra de lo que Chamberlain le escribe o le manda decir por medio de los embajadores del rey?»

«Toda la política italiana está dominada por la obsesión de una guerra con Inglaterra; y ustedes no pueden hacer nada para disipar esa obsesión. Todo lo que hagan ustedes en uno u otro sentido—armamentos, negociaciones—la agrava.

«El peligro, el gran peligro, consiste en que las sugerencias del miedo agresivo y la multiplicación de las huidas hacia adelante produzcan algún día el incidente irreparable, después del cual, los adversarios no podrán ya retroceder...»

Mi interlocutor pareció un poco impresionado por mis palabras y dedujo de ellas, con cierta tristeza, que si yo tuviera razón, la política de pacificación emprendida por Inglaterra estaría destinada al fracaso. Le respondí que, en efecto, esa era mi opinión y que, en el estado de temor en que ahora vive el mundo, una política que pretenda combinar el superarmamento y el pacifismo corre el riesgo de aumentar los peligros de guerra.

¿Cómo romper el círculo infernal del miedo y de los abusos de fuerza? Europa logró romperlo en 1814, gracias a una especie de milagro. ¿Podrá repetirse ese hecho milagroso? Sería una gran suerte. Pero Europa no ha conservado del primer milagro ningún recuerdo, ni siquiera gratitud, y hace todo lo posible para que no se repita.

GUGLIELMO FERRERO

(«La Dépêche», Toulouse, 12-XII-37.)

Los «voluntarios» en España

Con respecto al número de «voluntarios» extranjeros que hay en España, sólo se han publicado dos informaciones oficiales. El Gobierno de la República ha declarado que los combatientes que luchan en sus líneas ascienden a un número insignificante en comparación con los que están en el lado enemigo. El Gobierno italiano asegura, por otra parte, que el número de «voluntarios» que luchan con Franco se eleva a 40.000. La prensa de Inglaterra y Francia está de acuerdo en afirmar que los fascistas italianos ascienden a 100.000, y a 10.000 los nacionalistas alemanes, mientras que el número de extranjeros al servicio del Gobierno es muchísimo más bajo. Por informaciones obtenidas en ambos campos, cuya autenticidad está comprobada, puede darse como seguro lo siguiente:

Al estallar el movimiento revolucionario se presentaron en las filas del Gobierno leal emigrantes alemanes e italianos que estaban refugiados en España. Al poco tiempo afluyeron de todos los países voluntarios antifascistas para defender la causa de la libertad. Carlo Rosselli, que no ha mucho fué asesinado en Francia, llegó, a mediados de agosto de 1936, a Huesca, con unos cuantos correligionarios. Hasta el otoño, lucharon con los españoles estos pequeños grupos de extranjeros, y entonces fueron unidos a sus propias formaciones. En noviembre de 1936, dos de cada tres batallones de las Brigadas internacionales fueron enviados al frente de Madrid, en tanto que el diputado francés André Marty formaba en Albacete otras tres Brigadas de voluntarios de todas las naciones, con excepción de Rusia. Ninguna de estas Brigadas, en las cuales abundaban los italianos y los alemanes, pasaba de 2.000 hombres. De este modo se puede calcular el número de combatientes extranjeros en el campo leal, cuando más había, en 10.000. Las bajas ocurridas fueron substituidas por españoles. El batallón «Garin» de Madrid, 130 bajas: 119 heridos y 21 muertos. Desde entonces, estas pérdidas han aumentado extraordinariamente en las 5 Brigadas. Una de éstas contaba

hace dos meses sólo con 127 combatientes extranjeros, siendo los 1.900 soldados restantes, españoles. Los comandantes de algunas de estas Brigadas se han marchado ya de España. Aún contando los extranjeros encuadrados en las formaciones españolas, no sería posible hallar en las filas del Gobierno más de 3.000 internacionales. Esto, como es natural, lo sabe también Roma; así, pues, la afirmación de los diarios italianos de que en el campo leal hay 150.000 voluntarios, sólo puede considerarse como una broma ridícula.

Las bajas sufridas por los «voluntarios» que luchan al lado de Franco son siempre substituidas por tropas traídas de Italia y probablemente de Alemania. La primera recluta de italianos para España se hizo entre milicias fascistas y obreros parados, los cuales eran encuadrados en brigadas especiales. El número de estos «voluntarios» excedía de 40.000. Pero como, tanto por su número como por su calidad, eran insuficientes, Mussolini decidió instruir él mismo las tropas para mandarlas a los que ya habían hecho el servicio militar y a los que se habían ofrecido para ir a Abisinia. Los oficiales fueron puestos a su disposición. En junio y julio embarcaron dos divisiones de estas tropas, cada una de 15.000 hombres, o sea un total de 30.000. Durante el mismo verano dicho número fué aumentado a 50.000. Cuando el general Bastico regresó a Roma eran 90.000 los italianos que estaban a las órdenes de Franco, de los cuales fueron rechazados 10.000. En la última conversación que el general Bastico tuvo con Mussolini, pidió que se enviaran nuevas fuerzas a Franco, hasta el número de 150.000 hombres, para poder terminar la guerra este año. Mussolini, según parece, accedió a esta petición, pues poco después fueron movilizadas las quintas de 1907, 1908 y 1909, obteniéndose un total de 200.000 soldados, que, con el correspondiente material de guerra, se hallan actualmente en los cuarteles de Italia esperando la orden de marcha.

Acerca de los voluntarios alemanes, no se tienen noticias seguras. («National Zeitung», 10-XII-37.)

EL DUQUE DE ALBA Y DE BERWICK, HUMORISTA SIN SENTIDO

El Duque de Alba y de Berwick, nombrado en Londres Agente comercial de la España de Franco, ha conversado, a falta de más autorizado interlocutor, con el periodista Jan Colvin. Un rotativo londinense — «The Daily Telegraph and Morning Post» — reproduce en su número del día 8 de diciembre las declaraciones del aristócrata tradicionalista que ha preferido a su viejo título de nobleza el desairado cometido que le impone su nueva postura.

«Es ésta — ha dicho — una situación nueva para mí y podría añadir que para todos. Tengo que dirigirme al Foreign Office y decir: aquí estoy. Pero ¿por quién tengo que preguntar? Si es por el botones, santo y muy bueno, aunque convendría que me lo advirtieran. Afortunadamente el Foreign Office tiene, como nosotros los españoles, bastante sentido del humor. Estoy seguro de que nos llevaremos muy bien.»

Hace mal en estar usted tan seguro, Sr. Duque de Alba. Por lo demás, el sentido que los españoles tenemos del humor — y del honor, también — es muy distinto al que usted, por lo visto, padece.

Usted, Sr. Duque, era propietario de 34.455 hectáreas de tierra española. Sobre tan ancho campo usted tenía un Palacio, unas pistas de tenis y amplias caballerizas. El resto de las 34.455 hectáreas de suelo, sin cultivar en su mayor parte, servían de paisaje, de fondo maravilloso, para mantener en vilo su rico y estéril abolengo.

Usted tenía un Palacio. Escuchemos a Jan Colvin: «Su Palacio de Liria, hoy reducido casi a cenizas, abría sus puertas hospitalarias en Madrid a todos los ingleses. Los que querían jugar al tenis tenían a su disposición los campos del Duque; en virtud de una ley no escrita, el agregado de la Embajada británica guardaba siempre los caballos en las caballerizas del Duque.»

De tanta pasada y supuesta generosidad y grandeza queda bien poco. Apenas nada. Si acaso, como prueba acusatoria, el rescoldo inextinguible del Palacio incendiado por designio suyo.

¿Designio humorístico, Sr. Duque de Alba? No. Más bien tradición familiar. Usted ha imitado la conducta de una de sus ascendientes — Duquesa de Alba y dama del Crepúsculo, Duquesa a las claras y maja a las oscuras — que mandó prender fuego a su palacio, a ese mismo Palacio de Liria, por el solo capricho de ver la llamarada en la noche de fiesta madrileña.

En madrugada de tragedia ha vuelto a arder el Palacio de Liria. «La del alba sería...» Y es usted, Sr. Duque de Alba, dueño sin Don y señor sin señorío, quien representa hoy en Londres — con humor dudoso y mal humor cierto — a los generales palaciegos que abrieron de par en par algo más que las puertas de sus palacios; que abrieron — ¿hospitalidad o humorismo hospitalario, cortesía o crimen? — las puertas de la patria al invasor extranjero.

Pero usted, Sr. Duque, ha perdido sus campos de tenis. Hace bien en quejarse. Usted, tan fiel cumplidor de leyes no escritas, ha perdido su título de español a causa de una ley escrita que no supo cumplir. Eso es peor. Aunque, a juicio de Jan Colvin, le queda otro título: el de «protector de las bellas artes». Una de sus ansiedades consiste, por lo leído, en averiguar la suerte que haya podido correr la inapreciable colección del Prado. Tanto inquietud es comprensible en quien era incomprensiblemente — humorismo típico español — Presidente del Patronato del Museo.

Usted deshará el enredo en su conciencia. A no ser que a usted le interese no la suerte sino la desgracia que pudo caberles a los lienzos de Velázquez, de Goya o del Greco después de la agresión aérea de que fueron objeto por parte de los aviadores «nacionales» de esa supuesta «nación» a quien usted dice representar.

Por fortuna, las colecciones están a salvo. Usted no lo ha debido poner en duda. Su amigo, Mr. Frederic Kenyon, ha publicado en fecha no lejana un informe documental de su visita a Madrid, Valencia y Barcelona, que usted, por algo más que por pura cortesía diplomática, tiene la obligación de leer y de creer.

¿Y entonces, Sr. Duque? Entonces, Sr. Duque, si usted no se convence aun, la República española tendrá que recurrir, para asombro de propios y extraños, al testimonio de quienes la atacan. Usted será invitado entonces a cerciorarse por sí mismo de cómo se defienden contra los ataques aéreos los tesoros artísticos y científicos que tanto le desvelan. Usted vendrá a España. Y en España usted no hablará con el botones. Hablará con el juez.

UNA PERORATA DE GOEBBELS «La manteca — dice — faltará; pero nos sobran aviones»

Koenigsberg, 11. — En un discurso pronunciado en esta ciudad, Goebbels ha declarado: «Cuando se dice que el plan de cuatro años es un plan para la guerra, tengo que contestar: naturalmente. En caso de necesidad es también un plan para la guerra. No lo realizamos por gusto. Este plan exige sacrificios. Ciertamente es que la manteca faltará cada vez más; pero cuando en la noche los motores de los aviones zumban sobre nuestras cabezas, sabemos que no son aviones ingleses, rusos o checos, sino aviones alemanes.»

Después de atacar violentamente al bolchevismo, el orador añadió:

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

dió: «El pueblo alemán unido lo puede todo. Es imposible decir cuándo tendremos colonias; pero sí puedo afirmar que las tendremos algún día.»

Terminó diciendo: «Tengo la impresión de que el viaje de Delbos no puede ser calificado de triunfal. Alemania comienza a ejercer sobre sus vecinos una fuerza de atracción magnética.» — Fabra.

UN CATÓLICO BELGA LLEGA A ESPAÑA

Emilio Hambresin, periodista católico belga, visita la España republicana sin encontrar el menor vestigio de la supuesta barbarie de que le hablaban los agentes fascistas en su país

¿Pero es posible que después de recorrer la España leal se pueda suponer que Franco tenga partidarios? — se pregunta el católico belga Emilio Hambresin, enviado especial del «Vingtième Siècle» de Bruselas.

La prensa católica belga, supeditada a la autoridad moral del arzobispo de Malinas, había acogido desde los primeros momentos de la insurrección militar-fascista todas las campañas favorables a los facciosos españoles. Las más burdas patrañas que hablaban de la «barbarie de los rojos», de los «descuartizamientos de católicos» y de la «profanación de los templos sagrados», eran destacadas en los órganos periodísticos católicos del país belga. Pero poco a poco la razón y la sensatez se impusieron. Cada día el número de católicos que miraban con escepticismo aquellas campañas tendenciosas, iba en aumento. La República española, respetuosa y tolerante, se abría paso: las absurdas falsedades caían por sí mismas. Los agentes de Hitler podían recurrir a las más geniales habilidades. En vano. La verdad recuperaba el terreno que le pertenecía y la España leal, la España legítima y auténtica, estaba abierta de par en par para los que quisieran llegar hasta ella y comprobar la auténtica democracia que regía los destinos de un pueblo que se dió libremente una Constitución y un régimen.

Entre los católicos belgas que más pronto aceptaron la causa republicana, convencidos de antemano de que las insidias propaladas por los fascistas belgas eran absurdas patrañas, se encontraba Emilio Hambresin, intelectual destacado, profesor universitario y uno de los primeros ingenieros de minas de la Universidad de Lovaina. Los artículos de Emilio Hambresin iban contrarrestando en los periódicos católicos las campañas antirrepublicanas inspiradas por el llamado «gobierno» de Burgos y ambientadas por el arzobispo de Malinas. El diario católico «Vingtième Siècle» entró en enconada polémica con sus colegas de la misma confesión religiosa.

El prestigio de Emilio Hambresin, como católico imparcial—un católico no puede concebirse en justicia de otra manera—hizo que la Liga contra la Lucha Antisemita le ofreciera la presidencia. Y Emilio Hambresin, católico, apostólico, romano, convencido de los atropellos de que eran víctimas «por parte del fascismo» los israelitas en Alemania y en Polonia, aceptó la presidencia. Nada mejor puede decirse en su favor.

La tirantez constante en que determinados elementos del catolicismo belga pretendían desorientar a los católicos conscientes, ha obligado a Emilio Hambresin a realizar su viaje a la España republicana. Ningún elogio más calurosamente entusiasta que el que nos presta el enviado especial del diario católico belga «Vingtième Siècle»:

—Apenas atravesé la frontera vi la guerra de cerca. Los «Junkers» y los «Caproni» han salido a recibirme prodigándome bendiciones de metralla. No puedo negar que contra esas «bendiciones del cielo» la España republicana tiene tomadas sus precauciones. Pero me duele confesar en el fondo la barbarie de quienes no tienen otra misión que sembrar la muerte y la destrucción sin detenerse a mirar dónde arroja su plomo mortífero...

Emilio Hambresin lleva ya algu-

nas horas en España. Las suficientes para que además de la barbarie de los invasores pueda haber apreciado la retaguardia «roja».

—¿Pero es posible que después de recorrer la España leal se pueda suponer que Franco tenga partidarios? Y prosigue:

—He buscado en vano los patibulos en las calles, la anarquía terrorista que asalta las tiendas y las casas señoriales... Por todas partes orden, orden y nada más que orden. Se siente la guerra en cada uno de los ciudadanos, en cada español con quien se habla. Pero se siente por el entusiasmo que cada cual pone y por la confianza, que nadie oculta,

en el triunfo de la República sobre sus enemigos seculares.

Hambresin no es hombre locuaz. Sin embargo, sabe expresar sin vacilaciones lo que siente:

—No son ciertamente los obispos españoles que del otro lado de las trincheras despotrican contra la República, los que tienen razón. Aquí hay un pueblo, un auténtico pueblo que lucha y que está dispuesto a vender cara su vida por su independencia. Es talmente la Bélgica invadida y hollada por la bota del teutón que sin distinción de ideologías ni de matices se alzó contra el invasor...

A nuestro visitante le maravilla

la estoica serenidad de nuestro pueblo.

—He oído sirenas. Ni un grito, ni un desmayo. La gente acepta la tragedia. Una bomba puede caer en un hospital o en un asilo. Y no hay una sola blasfemia en los labios de estos españoles que alguien califica de «rojos bolcheviques y deslenguados»... Para el «Junker» y para el «Caproni», como para los obuses de los barcos de «nacionalidad desconocida» que bombardean las costas españolas, no hay más que gestos de conmiseración. De vergüenza...

El católico Hambresin no nos habla de qué vergüenza. Fácil es adivinar que es la vergüenza de los seres civilizados que él ha conocido en estos españoles leales a la República y fieles a su Patria.

—¿Dirá usted algo al arzobispo de Malinas?...

—Le diré lo que dijo ya el Padre Lobo en su reciente visita a Bélgica —nos dice Hambresin—. Le diré que para hablar de esta España tan «roja» hay que preguntarse si no lo está de tanta sangre como ha derramado por conservar una civilización, un prestigio y una dignidad... La dignidad del derecho y de la libertad, que son los más altos conceptos de la legitimidad de un pueblo.

¿Está claro? Los funcionarios y cargos públicos fascistas pueden lucrarse a manos llenas.

Esta conducta, como es natural, no puede obtener el beneplácito del pueblo que se absta totalmente de intervenir en vida pública. Y no es que los fascistas quieran darle participación en ella —para quitarle función fiscalizadora han hecho guerra—, pero sí intentan usarle para suplantarlo su voluntad y hacer ver que el movimiento militarista tiene entronque popular.

El 8 de los corrientes debió celebrarse en toda la zona invadida la llamada «fiesta de la bandera», a beneficio de la Cruz Roja bajo el patrocinio de la esposa de Franco. Con ese motivo, «Boinas Rojas» publicó el día 4 la orden circular enviada por el «Gobernador» de Málaga a todos los «caldes» de la provincia. A ese orden pertenece el párrafo siguiente:

«A fin de que dicha fiesta celebre con toda brillantez, me rezo a todos los Sres. Alcaldes de la provincia, procuren que la cuestión tenga carácter popular, así como que cooperen celo y diligencia en unión de la benemérita institución a que la recaudación obtenga el éxito merecido».

Y no sólo reconocen implícitamente que el pueblo no está con ellos, sino que está con el Gobierno de la República dispuesto a vender cara su libertad y su vida, y a perder ésta antes que aquélla. Bien se desprende de las declaraciones de Franco publicadas en «A B C» de Sevilla, el 11 de noviembre:

«Tenemos que combatir. Cualquier enemigo ofrece resistencia y más el que tenemos delante, que a éste no le importa sacrificar la vida».

Francisco mismo lo reconoce. Nuestros hombres acuden con entusiasmo a la lucha, van a morir gustosos por España. ¿Cómo van a vernos si en su zona han echado mano de la violencia para que las gentes acudan a las fiestas y a las cuestaciones?

Un país descontento no lleva la victoria a las gentes que se sojuzgan. La Victoria pertenece al Gobierno de la República.

Hacia la derrota del fascismo

Mientras en la zona de Franco los trabajadores perecen de miseria y de hambre, los funcionarios fascistas pueden robar a manos llenas

El descontento es general y el temor al ejército republicano se acentúa cada vez más

La reacción franquista se manifiesta en la zona rebelde en todos los órdenes de la vida. Es una ofensiva general contra el trabajo y contra la libertad, en defensa de viejos privilegios, extinguidos ya en todos los países del mundo, incluso en los de significación más conservadora y tradicional. Niegan el derecho a la vida al trabajador manual. El tipo de jornal de una peseta y de cinco reales ha sido de nuevo puesto en vigor en el campo andaluz, extremeño y riojano. Los obreros de las ciudades cobran también cantidades exigüas por largas jornadas de trabajo.

Con un cinismo desvergonzado y sin escrúpulos, llaman progreso social a medidas como la que destaca «Diario de Burgos» en su número del 2 de los corrientes:

«La Comisión de Obras del Ayuntamiento de Burgos—dice—ha pagado por primera vez lo que se llama «salario vital, jerárquico y familiar». Se han establecido para peones tres categorías de sueldos, de 5,50, 6,50 y 7,50 ptas., cuyo sistema servirá para estimular a los obreros que figuran en las dos primeras, para incorporarse a la última, repercutiendo ello en beneficio económico de los propios trabajadores y del rendimiento en el trabajo. El Concejal que hizo esta afirmación exhortó a los patronos de la construcción a que imiten la conducta del Ayuntamiento».

¿Qué jornales pagarán tales patronos? En Madrid, antes de la rebelión militar, los peones del ramo de la construcción cobraban doce pesetas de jornal.

El sistema del salario «vital, jerárquico y familiar», que a imitación de Italia adoptan los «ayuntamientos» fascistas, es el más adecuado para exprimir y

agotar el esfuerzo del obrero, puesto que establece categorías de hambre. Todo trabajador que haya constituido una familia se dejará la piel en el trabajo para que sus pequeños tengan algo que llevarse a la boca, porque si con 7,50 ptas. no puede comer una familia, menos podrá con 5,50. La bestia de carga, a que queda reducido el trabajador manual, da así «voluntariamente» el máximo producto a sus cristianísimos amos.

Entre tanto los logreros siguen campando por sus respetos y viviendo a sus anchas. El funcionario fascista tiene vara alta para toda venalidad y corrupción. ¿Se quiere una muestra? Dice «Boinas Rojas» del 5 del actual: «Por el Gobernador de Málaga ha sido multado un vecino de Antequera que dirigió un escrito injurioso para el alcalde y funcionarios del Ayuntamiento, intentando además provocar una campaña en la prensa, censurando actos de la administración».

La actitud subversiva de los alemanes residentes en el Brasil

Río de Janeiro. — El servicio aéreo constituye una comunicación importante entre Alemania e Italia por una parte y el Brasil por otra. Este servicio, que fué establecido hace años, tiene sus principales puntos de apoyo en los territorios continentales y coloniales españoles, hoy ocupados por las tropas intervencionistas alemanas e italianas, especialmente en Marruecos, las Baleares y las Canarias.

En Berlín se ha negociado con el almirante Augusto Schort, jefe de la flota brasileña de hidroaviones, el envío de 300 aparatos con sus pilotos correspondientes al Brasil; merced al aumento de la flota aérea brasileña y a los múltiples puntos de apoyo de que se dispone, el Pacífico y el Canal de Panamá quedarán al alcance de los aviones de guerra.

Desde el año 1936, es Alemania, en lugar de los Estados Unidos, el país que más exporta al Brasil, representando sus envíos

el 23 por 100 de la exportación total. La lucha emprendida por Alemania para apoderarse de las materias primas brasileñas se ha desarrollado en virtud de las consignas lanzadas por Vargas: «¡Libertad a Brasil del yugo imperialista!» «Utilizad vuestras riquezas naturales con la ayuda amistosa de Alemania!» El dominio económico alemán en el Brasil lo fomenta particularmente el «German and South-American Bank», que facilitó fondos para la revolución. Los suministros de armas a los fascistas brasileños se efectuaron en parte por medio de las casas alemanas Hasenclevez y Herman Stolz de Río

de Janeiro, de donde se embarcaron principalmente a los Estados del Sur. Entre los directores de las empresas económicas alemanas, hay muchos agentes nacional-socialistas, tales como Roberto Machner, en Porto Alegre; Wiedman, Machner y Compañía; y Walter Heining, en Río Grande do Sul, Schinze, en Santa Catalina, etc. Estos agentes actúan como jefes de la N. S. D. A. P. y nombran y destituyen incluso a los cónsules alemanes en el Brasil. También es obra suya el boicot a los judíos.

(«Pariser Tageszeitung» 10-XII-1937.)

Las informaciones que publica este DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta.